



DON JOSE DE ITURRIGARAY

El alto empleo de Virrey de la Nueva España lo obtenía en 1808 don José de Iturrigaray, quien, como casi todos los que eran provistos en este encargo, durante el gobierno de los príncipes de la Casa de Borbón en España, traía el grado de Teniente General en los ejércitos españoles.

Era nativo de Cádiz, y debía su origen a una familia decente, pero no distinguida. En la milicia había hecho una carrera honrosa, y se había conducido con valor, como coronel de Carabineros Reales, en la campaña del Rosellón en la guerra entre España y Francia, al principio de la revolución de ésta en 1792. Sin embargo, no fueron estos méritos los que lo elevaron al Virreinato, sino el favor de don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, que a la sazón gozaba el valimiento del débil y cancheroso rey Carlos IV. Desde que fué nombrado Virrey, su

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

objeto principal no fué otro que aprovechar la ocasión para hacerse de gran caudal, y su primer acto al ir a tomar posesión del gobierno, fué una defraudación de las rentas reales, pues habiéndosele concedido que llevase sin hacer, la ropa que no hubiese podido concluir al tiempo de su embarque para sí y para su familia, introdujo con este pretexto y sin pagar derechos, un cargamento de efectos que vendido en Veracruz, produjo la cantidad de 119,125 pesetas.

Todos los empleos se proveían por gratificaciones que recibían el Virrey, la Virreina o sus hijos. Alteró el orden establecido para la distribución del azogue a los mineros, haciendo repartimientos extraordinarios por una onza y onza y media de oro, con que se le gratificaba cada quintal. En las compras de papel para proveer la fábrica de tabacos, hacía poner precios supuestos, quedando en su beneficio la diferencia con respecto a los verdaderos, que le era pagada por los contratistas. Todos estos manejos se hacían con tal publicidad y escándalo, que se llegó a creer que eran autorizados y que el Príncipe de la Paz tenía su parte en lo que producían. Con ellos consiguió Iturrigaray reunir un capital muy considerable, que consistía en gran cantidad de dinero en oro y plata, alhajas y vajilla, y en más de cuatrocientos mil pesos que tenía en los fondos de Minería, imposición que entonces se tenía por la más segura, y esto no obstante que sus gastos eran muy considerables y excedían con mucho del sueldo de sesenta mil pesos anuales que disfrutaba.

Al descrédito que causaba la venalidad del Virrey, se agregaba la conducta poco recatada de la Virreina doña Inés de Jáuregui y de sus hijos, y la inclinación de aquél al juego

de gallos, concurriendo a la plaza pública en que se lidian en el pueblo de San Agustín de las Cuevas en la Pascua de Pentecostés, y todo unido había contribuído a hacer desaparecer el respeto con que se veía esta suprema autoridad, en tiempo de los Casafuertes y Revilla Gigedos.

Era en lo demás Iturrigaray hombre de una capacidad que no pasaba de la raya de común. En su administración siguió la norma que dejaron establecida sus predecesores, y como en el orden político lo mismo que en el físico, una vez dado un impulso, las cosas siguen por mucho tiempo el movimiento que se les imprimió, los funcionarios del reinado de Carlos IV, continuaron por el sendero que les dejaron trazado los grandes hombres que ocuparon todos los empleos en el reinado precedente, hasta que todo se perdió en el abismo de inmoralidad y de despilfarro, en que hundió a la monarquía el influjo funesto del favorito Godoy. Así Iturrigaray favoreció las empresas de los caminos nuevos de Veracruz por dos distintos derroteros, de los cuales el que pasa por las villas de Orizaba y Córdoba y estaba a cargo del Consulado de México, se había comenzado por el Virrey Branciforte, y protegió los establecimientos literarios ya formados, sin que en ello hubiese esfuerzo ni mérito particular de su parte. La minería, el comercio interior, la agricultura, prosperaban en el tiempo de su gobierno, porque sus predecesores habían dejado asentados los cimientos de estos ramos.

(Es bien sabido que) Inglaterra con más extensas miras que las que hasta entonces había tenido, hizo en 1808 un ataque formal a Buenos Aires, con el objeto de establecerse en las provincias (españolas) del Río de la Plata, y aunque el ejército

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

que llegó a ocupar aquella ciudad en 1807 se vió obligado a capitular, se preparaba otro que debía haber mandado Sir Arturo Wellesley, tan famoso después con el título de Lord Wellington, y cuyo destino se dudaba si era para el mismo Buenos Aires o para la Nueva España. Por estos amagos formó el Virrey Iturrigaray desde el año de 1806 un cantón de tropas en Jalapa, Perote y otros puntos inmediatos, en el que se reunieron cosa de catorce mil hombres, tanto de cuerpos veteranos como de milicias, dando a la capital al paso de algunos de los cuerpos que marchaban al cantón, el espectáculo nuevo de un simulacro de batalla, no habiendo quedado en ella más guarnición que el Regimiento del Comercio, formado por soldados que ponían a sus expensas los comerciantes en lugar de servir personalmente, y cuya oficialidad era toda de europeos, y el escuadrón urbano organizado en los mismos términos por los panaderos y tocineros.

El mando de este cuerpo de tropas, el mayor que había habido en la América Española desde la conquista, se le dió, como segundo del Virrey, al brigadier don García Dávila, gobernador de la plaza de Veracruz, en la que quedó en su lugar el coronel don Pedro Alonso.

Ejercitábanse asiduamente estos cuerpos en evoluciones militares y en el manejo de las armas, y en el mes de enero de 1808 estuvo el Virrey a hacerlos maniobrar todos juntos, como en una función de guerra, en la llanura del Encero a pocas leguas de Jalapa, en la que se reunieron veinte batallones de infantería y veinticuatro escuadrones de dragones, y un tren de treinta y cuatro piezas de artillería. Así se prepararon las tropas de Nueva España para las operaciones de la campaña; se formó en ellas un espíritu militar que antes no había; los jefes y los sol-

dados se conocieron y se pusieron en comunicación unos cuerpos con otros, excitándose una noble rivalidad y un empeño de distinguirse, hasta entonces desconocidos en estos países, que por tantos años habían disfrutado de una profunda paz.

El plan de defensa que el Virrey se había propuesto, se reducía a conservar la tropa acantonada en los climas templados, dispuesta a socorrer la plaza de Veracruz u otro punto que fuese atacado, y si aquella se perdiese, defender el tránsito al país sano, valiéndose de las muchas posiciones ventajosas que presenta el declive de la cordillera, muy rápido por aquella parte, para contener al enemigo en el país en que se padece el vómito y otras enfermedades, donde éstas lo consumiesen. Este plan aprobado por el gobierno de España, y el más prudente que se pudiera adoptar, no gustó al ayuntamiento y comercio de Veracruz, empeñados en que se fortificase la ciudad y se guarneciese con muchas tropas, no obstante haber visto perecer éstas en gran número cuando se hizo así por el Virrey Azanza, y estas contestaciones fueron el principio de la rivalidad de aquel ayuntamiento con Iturrigaray. El plan del Virrey era sin duda muy acertado, y es seguro que con las tropas que tenía reunidas, disciplinadas como estaban, y con los jefes que a su frente se hallaban, el enemigo no habría logrado ocupar la capital, como variadas las circunstancias, se ha verificado con mengua de la nación.

La reunión de tropas en el cantón de Jalapa hizo concebir alta idea de la fuerza militar del país, y los que tenían algún pensamiento de independencia, veían en aquel ejército el medio de efectuarla y sostenerla; aun se dice que esto era materia de conversación entre los mismos jefes de los cuerpos; pero no obstante todas estas circunstancias reunidas, el largo hábito

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

de obedecer a los monarcas españoles, cuya autoridad se hacía más respetable por lo mismo que se ejercía desde tan lejos; la Inquisición que castigaba como herejía cualquiera duda de la legitimidad de los derechos de aquellos soberanos, y el clero cuya influencia se empleaba en sostenerlos en nombre de la religión; hubieran hecho permanecer por muchos años a la Nueva España bajo el cetro de los reyes de la antigua, si no hubieran venido a interrumpir este curso tranquilo de cosas, grandes acontecimientos.

* * *

(El 8 de junio de 1808 se recibieron en México) las noticias de los sucesos de Aranjuez de 18 y 19 de marzo. Grande fué el gozo que causó la caída de Godoy y la proclamación del nuevo monarca. El nombre de Fernando VII era aclamado con júbilo general, y todos se felicitaban mutuamente, sin distinción alguna entre los europeos y americanos. Acaeció ser aquel día domingo de pascua de Espíritu Santo, durante la cual hay gran concurrencia de gente de la capital en el inmediato pueblo de San Agustín de las Cuevas, que ahora se llama Tlálpam, en donde se tienen bailes, juegos de naipes, peleas de gallos y otras diversiones. El Virrey, según su costumbre, había concurrido a ellas, y allí recibió las gacetas de Madrid que contenían la abdicación de Carlos IV, la exaltación de Fernando, y algunos de los primeros decretos de éste que hizo leer al público en el palenque de gallos. Notóse que todo le había causado indisplencia, la que se atribuía, así como algunas expresiones indiscretas de la Virreina, al disgusto que les causaba la caída de su favorecedor Godoy; presunciones que recibían una grande apariencia de

probabilidad, viéndole en tales circunstancias permanecer ausente de la capital, todavía por tres días más, llamando mucho la atención el que no hubiese mandado solemnizar tan plausibles noticias con las salvas, repiques y misa de gracias que se acostumbraban en menos importantes ocurrencias, con la frívola disculpa de haber otras ocupaciones en la iglesia catedral. Estas primeras sospechas fueron en lo sucesivo creciendo y tomando más cuerpo con nuevos motivos de desconfianzas y temores.

Por la barca "Corza", salida de Cádiz el 14 de mayo, se tuvieron las noticias de la partida de la familia real para Bayona, y de la sublevación de Madrid el 2 de aquel mes. El Virrey las recibió por extraordinario en la madrugada del 23 de junio, día en que habiendo concurrido al Palacio todas las autoridades, por ser la octava de Corpus, les dió conocimiento de ellas, leyendo las gacetas, y estando los ánimos mal prevenidos, algunos de los concurrentes creyeron que lo hacía de una manera placentera, y que no le era desagradable la idea de continuar en el Virreinato, merced a la confusión en que veía se iba envolviendo España.

No obstante lo desasosegados que andaban los espíritus con estas novedades, se estaba preparando la solemnidad de la proclamación y jura del nuevo Rey, para la que sólo se esperaban las comunicaciones oficiales que aún no se habían recibido, cuando el 14 de julio llegaron a México las gacetas de Madrid, conducidas por la barca "Ventura", que salió de Cádiz el 26 de mayo, que contenían las renunciaciones de todos los individuos de la familia real y el nombramiento del Duque de Berg, como lugarteniente general del reino, mandado reconocer por circular del Consejo Real.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Difícil es pintar la profunda sensación que tales acontecimientos causaron, y los diversos intereses que estas noticias pusieron en acción. Este fué el momento crítico en que se comenzaron a desarrollar las semillas de las turbulencias que después tuvieron tanto y tan funesto crecimiento. Considerábase acéfala la monarquía; las renunciadas de Bayona se miraban como unos actos de violencia y arterías de Napoleón, cuya perfidia era objeto de general aborrecimiento y detestación.

¿Y cuál debía ser en tales circunstancias la suerte de la Nueva España? ¿Cuáles las medidas que convendría tomar en un caso tan extraordinario y de que no había antecedente ni ejemplar en la historia de la monarquía? Estas eran las cuestiones que por todas partes se agitaban, y el modo mismo en que la publicación se había hecho por el gobierno, daba motivo a grandes inquietudes, pues sin indicar resolución alguna, en un corto preámbulo de la Gaceta en que se insertaron aquellos documentos, se decía: "qué después de madura conferencia con los Señores Ministros del Real Acuerdo, y de conformidad con su uniforme dictamen, había dispuesto el Virrey la publicación para noticias y conocimiento de todo el reino".

(Más tarde se vió que) tanto el Virrey como los licenciados Azcárate y Verdad, que dirigían el Ayuntamiento (de la ciudad de México), estaban en la persuasión de que España no podría resistir a los franceses, y el Virrey, con poca circunspección lo manifestaba así en sus tertulias y conversaciones, lo que había hecho que trascendiese en el público, el que daba por esto poco crédito a sus demostraciones de entusiasmo, como las que hizo cuando se recibieron las noticias del levantamien-

ceramente, y porque los hombres de carácter débil, cuando se encuentran en una posición difícil, pretenden muchas veces salir de ella dejando el puesto, más bien que haciendo frente con resolución al peligro; antes de recibir la consulta del Acuerdo sobre el punto de la convocatoria, le pasó un oficio de su puño, manifestando su resolución de dejar el mando, esperando que si había para ello algún inconveniente, lo allanase el Acuerdo. Este, en la crítica situación en que las cosas se hallaban, y temiendo las graves consecuencias que preveía, de la reunión del congreso, creyó encontrar en la renuncia del Virrey el único camino de salvación que podía presentarse. Contestóle, pues, que podía hacer dejación del mando supremo, entregándolo, como él mismo había propuesto, al Mariscal de Campo D. Pedro Garibay, que era el jefe de mayor graduación y antigüedad.

Con tal contestación del Acuerdo, el Secretario del Virreinato, Velázquez de León, escribió al Ayuntamiento una carta reservadísima, imponiéndole de lo que pasaba, y excitándolo a que se opusiese a la resolución del Virrey. Este pretende que este paso lo dió Velázquez sin su conocimiento. Velázquez dice que se lo propuso, y que no habiendo juzgado decoroso que lo diese con su anuencia, lo dejó sin resolución alguna, lo que en tales materias equivale a una resolución definitiva.

Todo era confusión, y lo único que podía evitar un trastorno, era que el Virrey, sosteniendo su autoridad hasta ver el desenlace de las cosas de España, gobernase conforme a las leyes existentes, sin pretender introducir novedades peligrosas, que no podían producir más que su propia ruina.

Los espíritus se enardecían más y más con cada nuevo incidente. El Virrey confirió el empleo de Mariscal de Campo al

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

comandante de las tropas acantonadas en las Villas don García Dávila, y dió la Administración de la Aduana de México con honores de Intendente, al Ministro de las Cajas de esta capital, don José María Lazo. En los mismos días concedió al Consulado de Veracruz, para continuar el camino que estaba haciendo a aquel puerto, cuatrocientos mil pesos de la Real Hacienda, sin que hubiese para ello acuerdo de la Junta Superior de ésta. Tales disposiciones se citaban como ejemplares del poder soberano que empezaba a ejercer el Virrey, y como escalones para el trono a que intentaba subir; pues aunque el nombramiento de Dávila se había hecho como provisorio y dependiente de la aprobación Real, nunca los Virreyes habían conferido estos altos grados en la milicia, y fué muy inoportuno e imprudente el haberlo hecho en tales circunstancias.

En el vulgo de uno y otro partido, se decía que serían removidos de sus empleos los oidores que hacían resistencia al Virrey, y que en su lugar serían nombrados los regidores Azcárate y Verdad; que no se mandaría ya más dinero a España, y que el que había, se gastaría en caminos y otras obras de utilidad del reino; que habría Princesas de Tacuba; que el Virrey para dar principio a la revolución iba a quemar el Santuario tan venerado de Guadalupe, y que para ello tenía prevenidas las teas.

Si estas especies, muchas de ellas absurdas, no podían merecer más que el desprecio de los hombres sensatos del partido europeo, otras había que les causaban temores más fundados y que les hacían recelar cada noche un movimiento. (Entre los comerciantes peninsulares) corrían las voces de que era necesario matar al Virrey, ya en el Paseo, ya al salir del Teatro; todo lo